

Después de haber pasado cuenta de la larga serie de caudillos que con Mpanse combatieron contra Dingan, y después de haber ensalzado á algunos de ellos «cuyos bueyes ocultan aguijones en los plumeros de la cola» ó de haberlos comparado con enjambres de abejas, termina el himno:

Yo te ensalzo ¡oh rey! hijo de Yokwane, hijo de Undaba,
Enemigo implacable de toda conjuración.
Tú eres un elefante, un elefante, un elefante,
Toda la fama para tí, monarca, que eres negro.

CANTO EN LA CAZA DEL BÚFALO

¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!
¡Un torbellino! ¡El búfalo!
Algunos nos abandonan regresando á sus casas;
Algunos siguen cazando y dando en el blanco;
Disparamos contra el que se levanta;
Dejamos yacer al que ha recibido los tiros.
¡Hurra! etc. etc.

CAPITULO IX

LOS CAFRES DEL SUDESTE

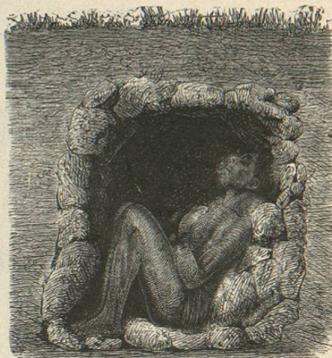
Los kosas (amakosas). — Primeros contactos entre cafres y europeos. — Hahabe y Galekas. — Primera guerra cafre. — Gaika. — Ndlambe. — Segunda guerra cafre. — Maquoma — Sandili. — Fundación de Cafreña. — Tercera guerra cafre. — El año de miseria de 1857. — Progresos de la civilización. — Los fingsus. — Los pondos.

Al citar á los zulús como tipo de un grupo de negros sud-africanos que ha de ser objeto de un estudio más detallado, hacemos resaltar, contrariando el orden geográfico que por lo general seguimos, un miembro intermedio en la gran serie ó cadena de pueblos que, además de parecerse en cuanto á su distribución geográfica, ofrecen grandes analogías antropológicas y etnográficas. Lo que diferencia á los zulús — los más renombrados de entre los cafres — de éstos es, en esencia, únicamente el hecho de que están más fuertemente unidos, bajo el cetro de enérgicos soberanos, formando una sola nación; siguiéndose de ello naturalmente una serie de particularidades de menor importancia y de carácter externo, como el traje, el armamento y demás, que en la vida en común crean ó la voluntad del soberano ó la fuerza de la costumbre. Este factor de la cohesión que caracteriza á una fuerte agrupación política lo encontramos también en algunas tribus que habitan al Norte de los zulús propiamente dichos, como por ejemplo la de los matabeles, que, sin embargo, son más pequeñas ó están más diseminadas. Como unidad política, únicamente tenemos la de los zulús, y esto precisamente ha hecho de ellos un objeto de gran curiosidad, gracias á la cual poseemos acerca de ese pueblo estudios mucho más ricos que los de cualquier otro pueblo del Africa. Estas razones pueden justificar su situación especial como tipo de los cafres del Sudeste, cuyas demás tribus principales sólo estudiaremos someramente desde el punto de vista de su propagación geográfica y de su importancia histórica. Repetimos que todo cuanto hemos dicho respecto del carácter, de las costumbres y de las ideas de los zulús, puede aplicarse, en tesis general, á los demás cafres del Sudeste, de la misma manera que el estudio de los principales rasgos característicos de los prusianos puede y debe ser aplicado á los demás alemanes, haciendo las convenientes salvedades acerca de las modificaciones locales.

Los portugueses y los holandeses encontraron tribus de color oscuro en las costas del Este y del Sudeste de Africa y las dieron á conocer en Europa con el nombre de cafres, es decir infieles, que les habían dado los árabes. Avanzaron

luego hacia el Oeste atravesando el gran río de los Pescadores, pero no se alejaron mucho, de suerte que éste, en 1780, constituía su frontera, siendo también el límite meridional de su propagación. Muy pronto se reconoció la homogeneidad que existía entre los grupos de esos cafres, situados en el punto más meridional, que desde fines del siglo pasado estaban en continua lucha con los holandeses primero y después con los portugueses, con las tribus que estos últimos habían visto antes más hacia el Norte: la semejanza de su aspecto exterior y de su carácter fueron causa de infinitas confusiones que han perjudicado la claridad de su historia. Como esos salvajes sostenían grandes luchas entre sí, unas tribus destruyeron ó absorbieron á otras: así les ha sucedido recientemente á los pondos con los conquistadores zulús.

En medio de toda esta confusión, hay, sin embargo, un punto fuera de toda duda y es que los kosas (amakosas,



Tumba de un caudillo zulú (según G. Fritsch)

amakosas) (1) siempre han sido conocidos como habitantes de los territorios más meridionales. Estos, cuyo nombre era ya en 1687 el de magoses (para una tribu cafre que habitaba en la costa Sudeste), son los primeros cafres con los cuales se pusieron los europeos en contacto, en el Sud de Africa, deduciéndose de este hecho que sus residencias debieron estar emplazadas en los territorios más hacia el Sud. En efecto, los pueblos de este grupo habitaron en otro tiempo al Sud y al Oeste hasta más allá del gran río de los Pescadores, y hasta el pie de la montaña de la Nieve; pero durante las luchas con los europeos fueron empujados cada vez más hacia el Norte y hacia el Este, de suerte que hoy pueden señalarse, en lo esencial, como fronteras de su territorio las siguientes: al Sud, el Kei con su afluente, el Indwe; al Norte, el río Umtanfuná; al Este el mar, y al Oeste los montes de Draken. Dentro de estos límites vivían, en otro tiempo, dos grandes ramas de esta tribu que se distinguían con los nombres de galekas y de hahabes: de ellos sólo subsisten como tribu independiente los primeros, pues los segundos han visto desaparecer su nombre genérico y se han diseminado formando una porción de pequeñas tribus. De éstas — muchas de las cuales han sido destruidas por las guerras zulús mientras otras, en número de unos pocos centenares de individuos, se han retirado á las montañas de Storm y de Zuur — corresponden á este capítulo

(1) En este nombre, *ama* es el prefijo que significa gentes, mientras que *Kosa* (*Xosa*, *Kusa*) se refiere al nombre de un caudillo, de suerte que el significado de la palabra viene á ser «gentes de Kosa». La mayor parte de los negros tiene la costumbre de aplicar á la tribu el nombre de un caudillo.

las de los ndlambes, mbalus, gwalis, duschanes, gaikas, y otras. El número de galekas se elevaba en 1856 á 70,000, y el de todas las pequeñas tribus de los kosas al de 140,000.

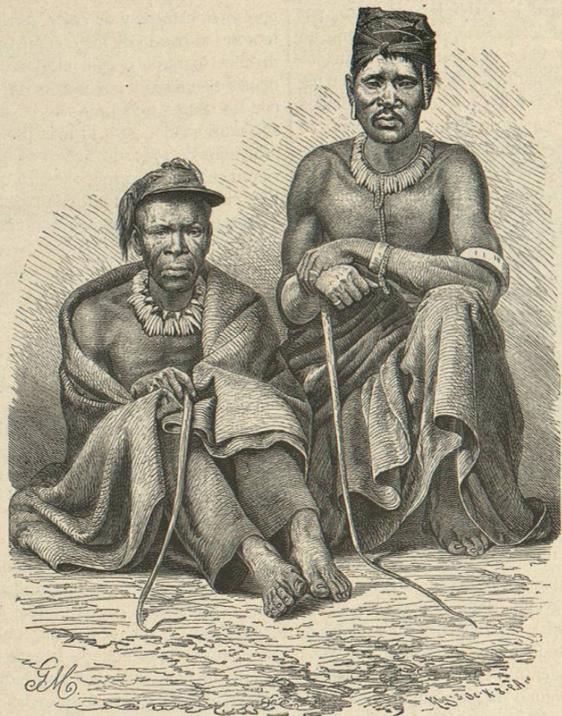
Los colonos holandeses no se pusieron en contacto con los cafres hasta que llegaron al río Domingo, en donde encontraron á la tribu de los kosas, tardando muy poco en convencerse de que este pueblo era muy distinto de las tribus hotentotes, únicas con quienes hasta entonces habían tenido relaciones. Mientras los boers se extendían, desde el siglo décimoséptimo, hacia el Norte y el Este, los cafres movíanse, desde mucho antes, en dirección al Sud y al Oeste y como aumentaban el número de sus individuos y el de sus ganados, víéronse obligados á extender sus pastos por la misma razón que los boers. Hacíase, pues, inminente un choque entre unos y otros. Estas dos corrientes de pueblos nómadas ó por lo menos nomadizadores, se pusieron en peligro y próximo contacto cuando los kosas, á mediados del pasado siglo, pasaron el gran río de los Pescadores y se extendieron por el territorio, abundante en pastos, que entonces acababan de abandonar los hotentotes gonaquías, á quienes aquéllos indemnizaron, según se dice, con una parte de sus rebaños. Este territorio es actualmente el distrito de Albany. Estos pueblos habitaron en paz juntos y en confusa mezcla apacentaron sus rebaños en los mismos territorios durante más tiempo del que podía haberse esperado dados el carácter y la necesidad de vastos territorios que á ambas poblaciones distinguían. Este estado de cosas acabó, sin embargo, desde el momento en que el gobierno de la colonia, accediendo á los deseos de los boers de que ensanchara sus fronteras, se anexionó este territorio. Entonces los boers se consideraron señores legítimos del país y procuraron deshacerse de sus vecinos negros: lo que, por fortuna, no se sabe de un modo seguro es si lo hicieron de la manera increíblemente brutal que refiere Thompson, apoyándose en el testimonio del misionero Brownlee, según el cual aquéllos invitaron á los cafres á una entrevista amistosa ofreciéndoles, además, algunos presentes y mientras estos infelices estaban examinando los regalos hicieron una descarga cerrada sobre el grupo. Algunos episodios de la historia de las relaciones entre los indígenas y los blancos hacen que no parezca de todo punto inverosímil tan vergonzoso atentado. Este encuentro debió acontecer á mediados del pasado siglo y si alguno da gran importancia á la fecha precisa del mismo puede fijarse en el año 1754, en el cual el gobierno del Cabo tomó posesión del territorio que se extendía hasta la bahía de Algoa. El gobernador Plettenberg, que en 1778 recorrió este país, fué el primer gobernador de la colonia del Cabo que trató oficialmente con los caudillos cafres, fijándose entonces aquella frontera que quedó subsistente durante muchos años «no porque Plettenberg fuera quien la fijara — según dice con razón Theal, el historiador del país del Cabo — sino porque al otro lado había una raza apta para hacer resistencia á los invasores. Si, en vez de ella, hubiera habido allí hotentotes, el río de los Pescadores habría sido atravesado, como lo fueron tantos otros, sin consideración alguna á las disposiciones que á ello se oponían.» Desde aquella fecha, la historia del Sud de Africa puede ser considerada como una lucha entre los europeos y los cafres. Los hotentotes, que hasta entonces habían figurado en primer término, se retiraron, por la razón de que, excepción hecha únicamente de los namaquías, se vieron de tal suerte destruídos entre ambos pueblos, que ya no se les consultó si querían ó no abandonar el territorio. Hacía mucho tiempo que estaban en contacto con los cafres viéndose por estos absorbidos, así es que en 1775 Sparmann encontró, al Oeste del gran río de los Pescadores,

una importante población mezcla de cafres y hotentotes. Los kosas estaban mandados en aquella ocasión por el cruel caudillo Palo. Entre sus hijos Galeka y Hahabe (el Rahabe de los historiadores coloniales) estalló una lucha porque, á pesar de ser el primero el hijo de la mujer principal, era el menos á propósito para gobernar. Por fortuna para los colonos el pueblo de los kosas se dividió en dos partidos y después de algunas encarnizadas luchas, el acudillado por Hahabe pasó al otro lado del Kei, en donde por aquel entonces vivían los hotentotes y algunas pequeñas tribus cafres en confusa mezcla. Hahabe rechazó á los hotentotes que por última vez resistieron, unidos todos á sus opresores blancos y de color, pasándose el resto de los hotentotes al bando de los conquistadores, en el cual algunos de ellos lograron ocupar elevadas posiciones, mientras los demás se unieron por medio de numerosos matrimonios con los negros invasores. No se sabe á punto fijo en qué año murió Palo, pero lo más probable es que falleciera á principios de 1770: lo seguro es que estas luchas se sostuvieron en vida suya, pues se dice que murió al otro lado del Kei, en brazos de su hijo Hahabe. Este gobernó prudentemente, pero se vió envuelto en una guerra con los tumbús, uno de cuyos caudillos había casado con una hija suya, á la que después repudió ignominiosamente, dándole un presente de 100 bueyes. Hahabe sucumbió en aquella guerra, sucediéndole su hijo Ndlambe y su nieto Gaika, durante cuyos reinados se decidió la suerte de los kosas en la lucha con los blancos. El «hijo mayor» de Hahabe, llamado Mlan, falleció antes que su padre, dejando á un hijo de 10 años como soberano de todos los kosas de allende el Kei que entonces se denominaban ama-hahabes. En nombre suyo gobernó el hijo menor de Hahabe, Ndlambe, pero una parte del pueblo no quiso reconocerle y, siguiendo la costumbre cafre, para sustraerse á su soberanía, se dirigió hacia el Oeste, encontrándose al otro lado del gran río de los Pescadores con el pueblo mestizo de cafres y hotentotes, que los colonos denominaban gonaquías, y con los cuales se aliaron llegando á ser una verdadera plaga para los colonos á consecuencia de las rapiñas que organizaron. El gobierno colonial, sin meditar profundamente sobre ese estado de cosas, creyó poderse libertar de esta plaga firmando en 1793 un tratado de paz con Ndlambe; pero este tratado no tuvo eficacia alguna, porque las tribus fronterizas no reconocían á este caudillo. En el entretanto, Gaika había ido creciendo, y como Ndlambe no quiso cederle por completo el gobierno, estalló una nueva guerra civil. Ndlambe huyó, en 1796, con sus partidarios hacia el Oeste, en donde se apoderó de todo el territorio comprendido entre el río de los Pescadores y la bahía de Algoa, que los colonos presa del pánico abandonaron, y se atrajo á las tribus mestizas de cafres y hotentotes que en él vivían. Uno de sus principales partidarios fué el caudillo Kungwa, ya establecido anteriormente en dicho país, el mismo que más tarde hizo sufrir á los ingleses el primer descalabro en la bahía de Algoa.

Por aquel entonces habían los ingleses tomado posesión de la colonia del Cabo, y en 1797, el earl of Macartney envió á la frontera oriental á su secretario particular, Barrow, para llegar á una paz. Desconociendo las costumbres de los cafres, Barrow se dejó engañar y reconoció á Gaika como «rey» de todas las tribus del Oeste del Kei, considerando, en consecuencia, como rebeldes á Ndlambe y á sus compañeros, á quienes en vano se procuraba «reducir á la obediencia», es decir someter al poder de Gaika. Durante estas negociaciones, fué aumentando el poderío de Ndlambe, pues Gaika se había hecho, á los ojos de los cafres, reo de

un grave delito á causa del adulterio cometido con la mujer principal de Ndlambe, su tío. Un combate trabado en 1799 entre cafres é ingleses, en la bahía de Algoa, fué desfavorable á estos últimos, quedando por algún tiempo aquéllos en posesión del distrito oriental de la colonia. En 1811, el gobierno de la ciudad del Cabo decidió proceder con energía contra los cafres que injustamente residían en el territorio de la colonia del Cabo, entablándose, en aquel mismo año, una lucha en que sucumbió Kungwa, mientras Ndlambe con unos 20,000 hombres de su pueblo retrocedía al otro lado del río de los Pescadores. En 1812 se fundó

junto al río Kowie la ciudad de Grahamstown, que había de servir de punto de apoyo contra cualquier tentativa que hicieran los cafres para regresar á esos territorios. En todas estas luchas, Gaika, con quien en aquel entonces estaba en relaciones el gobierno del Cabo, se mantuvo quieto, por lo cual ese gobierno, en 1817, firmó con él un tratado que disponía que todo kral en donde se encontrara alguna resobada, sería responsable de la restitución de la misma. Pero Gaika, que entonces se encontraba enredado en una lucha con los galekas y que además veía considerablemente debilitado su poder por el regreso de Ndlambe, tenía menos au-



Consejeros de Sandili (de una fotografía que posee el director de las Misiones Sr. Dr. Wangemann, en Berlín)

toridad de la que el gobierno le suponía; así es que ese tratado no tuvo el éxito esperado. Ndlambe encontró gran número de partidarios entre los caudillos que hasta entonces habían figurado al lado de Gaika, abrazando su causa el propio hijo de éste, Nduschane, y sobre todo el extraordinario profeta y hechicero Mahana, de quien ya hemos hablado y cuya adquisición era para aquél de importancia suma. Gaika, que entonces tenía su principal kral en los montes Amatola, fué astutamente sacado de tan fuerte posición por Makana, el cual, para ello, hizo que las gentes de Ndlambe se apoderaran de los rebaños de un caudillo de aquél. Gaika cayó en el lazo y se puso en marcha con sus tropas para vengarse de sus enemigos, pero fué completamente derrotado por éstos, que iban mandados por el propio Ndlambe, en la llanura Amalinde, junto al río Chumie (1818) y huyó hacia el Oeste para implorar el auxilio del gobierno colonial. Este, víctima siempre del error que le hacía ver en Gaika á un hombre grande entre su pueblo, al «rey de los cafres», envió en seguida algunas, aunque pocas, fuerzas que devastaron el kral de Ndlambe y regresa-

ron con 23,000 cabezas de ganado. Esta imprudente intervención en las contiendas intestinas de los cafres no alcanzó el fin deseado, pues Gaika no fué nunca reconocido como soberano de los kosas; antes por el contrario, no hizo más que excitar el odio del partido de Ndlambe que, en vez de cuidarse poco ni mucho de Gaika, acometió con grandes fuerzas á los blancos: su sangriento ataque dirigido por Makana contra Grahamstown (1819) puso por vez primera de manifiesto el peligro que para la soberanía de los europeos sobre aquellos territorios constituían el valor y la organización del pueblo cafre. El ataque fué, sin embargo, rechazado, perdiendo los agresores 2,000 hombres, y en aquel mismo año las tropas coloniales penetraron en los dominios de Ndlambe, rechazaron á los indígenas y les tomaron 30,000 bueyes, pero las gentes de este caudillo se aliaron con los galekas y tuvieron en ellos un apoyo, sin el cual hubieran tenido indudablemente que diseminarse por las montañas. Entonces algunos misioneros ingleses comprendieron por vez primera la falta política que el gobierno colonial había cometido con sus continuadas preferencias por Gaika, quien

gozaba entre los cafres de mucha menos consideración que Ndlambe, y las amistosas relaciones que en vista de esto se contrajeron con éste y con sus partidarios contribuyeron á mantener la paz mucho más que la resolución poco práctica de señalar un territorio junto al gran río de los Pescadores, que ninguno de los partidos podría habitar, con lo cual se pretendía mantenerlos separados. A esto se siguió uno de los períodos más felices que tuvieron los cafres en aquellas partes del Sud de Africa: éstos vieron aumentar su bienestar y las misiones dejaron sentir en alto grado sus efectos. Pero ya á fines de 1820 comenzaron á notarse las consecuencias del poderío militar de los zulús, que había ido silenciosamente aumentando. Un pueblo llamado ngwana, que había sido arrojado por los zulús de sus residencias en el bajo Tugela, se lanzó, á las órdenes de su caudillo Matiwana, sobre los tembús y después de sojuzgar á éstos, amenazó con la misma suerte á los galekas, cuando las tropas coloniales atacaron y derrotaron, en 1828, á los *fehanis* (ladrones), como se denominaba á aquellas hordas sin patria. Los galekas y los tembús cayeron de todos lados sobre los fugitivos y los destruyeron casi por completo, siendo muy pocos los que se salvaron, refugiándose en el país de los basutos: Matiwana fué cegado por Dingan y luego asesinado con todos sus compañeros.

Por aquel tiempo había fallecido Ndlambe, y en 1829 falleció Gaika, con lo cual se extinguió una buena parte del antiguo odio que hasta entonces había devorado á las dos grandes tribus del pueblo kosa. El hijo de Gaika, Maquoma, fué reconocido como jefe por una gran parte del pueblo, y parecía destinado por su vigor corporal, por su perseverancia y por su astucia á ser proclamado príncipe. Ciertamente el principal heredero de Gaika era Sandili, pero siendo todavía un niño, Maquoma se encargó de la regencia. La nueva unión hizo olvidar pasados fracasos, haciéndose los cafres cada día más audaces, como lo demostraban las innumerables rapacidades que de ellos tenían que sufrir los colonos fronterizos. En uno de los combates que, á consecuencia de estas rapiñas se trabaron, fué ligeramente herido un hermano de Maquoma, lo cual consideraron los cafres como motivo bastante poderoso de guerra. Maquoma atravesó en son de guerra los territorios fronterizos llevando la muerte y la ruina á muchos colonos; y sólo después de algunos meses consiguieron las tropas coloniales avanzar hasta donde estaban los galekas y obligar á su caudillo Hintsa á firmar la paz y á pagar una indemnización. Este caudillo fué fusilado cuando quiso huir de la cárcel, firmándose luego la paz con su hijo Sarili, el cual conquistó á los cafres todo el territorio que se extendía hasta el río Kei. En esta guerra los blancos tuvieron 128 muertos y heridos, calculándose en 290,000 libras esterlinas (7,250,000 pesetas) las pérdidas materiales de los colonos. Mucho mayores fueron las pérdidas en hombres y materiales que sufrieron los cafres y quizás de mucha mayor trascendencia la pérdida de la confianza de los blancos, de algunos de los cuales se dice que la sola vista de la devastación de 1835 despertó en su ánimo un odio inextinguible hacia aquéllos. El hecho de que el gobierno de la metrópoli no aprobara la guerra de 1835 ni el tratado que á ella puso término y devolviera á los cafres una parte de los territorios de que se había apoderado la colonia, no hizo nacer sentimientos pacíficos en una ni en otra parte. En 1846 estalló una nueva guerra que se denominó «la guerra del hacha.» Un cafre robó uno de estos instrumentos en el fuerte de Beaufort, por lo cual fué conducido, atado con un hotentote, á la cárcel de Grahamstown; mas por el camino un grupo de cafres atacó al destacamento que los conducía y cortaron

el brazo del hotentote, pues no encontraron manera más rápida de poner en libertad á su compañero, con el cual emprendieron la fuga. Sólo una pequeña parte del pueblo kosa se mantuvo alejado de la lucha que habiendo comenzado con una serie de reveses para los ingleses, terminó, como de costumbre, con grandes pérdidas para los cafres. Los ingleses se habían encontrado con un aliado que no esperaban, los pondos, habitantes al Oeste de los galekas, que consideraron aquella ocasión propicia para enriquecerse con los rebaños de estos vecinos suyos. De una manera análoga, aunque no tan manifiesta, se pasaron en 1835 los tembús al partido de los ingleses. De utilidad principalísima fué para éstos el pueblo, por decirlo así recientemente formado, de los fingús que, compuesto de antiguos esclavos de los kosas y de otros fugitivos, se había establecido junto á las fronteras cafres: de él hablaremos luego. Pero á pesar de todos estos esfuerzos, la guerra se prolongó durante todo el siguiente año, costando mucho trabajo hacer prisioneros á los jefes Sandili y Pato que fueron sitiados durante un mes en la selva. Pato dijo á los que lo prendieron estas palabras gráficas: «Yo no soy ya un hombre, sino un babuino. ¡Tanto tiempo he vivido con los monos!» La frontera colonial se extendió entonces hasta el Keiskama, convirtiéndose todo el territorio comprendido entre éste y el Kei en la colonia Cafrería-Británica, en la cual Sandili y sus compañeros caudillos gobernaron sobre su pueblo como representantes del gobierno. Durante esta guerra, el hecho de que los cafres usaran por vez primera armas de fuego contribuyó en gran manera á dificultar la victoria de los blancos y aun parecía que aquéllos habían aprendido algo de la táctica de éstos. No fué esta la última gran guerra que los cafres del Sudeste se atrevieron á sostener contra los blancos, pues es indudable que su sumisión obedeció á la simple idea de ganar tiempo. Dos años después de firmada la paz, un fanático hechicero recorrió el país cafre predicando la guerra contra los blancos y prometiendo á sus paisanos auxilios sobrenaturales. En 1850, estalló una nueva guerra dirigida por el caudillo Sandili — que no la dirigió personalmente, cosa rara entre los caudillos cafres, porque tenía una pierna paralizada— y por su hermano Anta, los cuales habían instituido regente á su madre Tutu. También esta guerra comenzó con algunas pequeñas derrotas de los ingleses, habiendo sido incendiadas en pocas semanas algunas aldeas fronterizas. La policía cafre montada, á la que no se tuvo la previsión de desarmar, pasóse *in corpore* al bando de sus paisanos. La rebelión de los hotentotes hizo esta guerra más larga y de más sensibles pérdidas que las tres anteriores. Una parte de los tembús se había unido á Sandili, que tenía tomadas posiciones en la antigua fortaleza natural de los cafres, los montes Amatola, mientras el anciano Maquoma se resistía, á pesar de todos los ataques, por espacio de 21 meses en los montes Kroome. Sólo después de haber sido tomadas con grandes esfuerzos estas fortalezas, fué posible firmar la paz con Sarili, hijo de Sandili, en febrero de 1853. Los caudillos Sandili, Maquoma y Anta y sus compañeros se sometieron y obtuvieron algunos territorios al otro lado del Kei. Esta guerra, que costó á Inglaterra de 400 á 500 soldados y dos millones de libras esterlinas, quebrantó, al parecer, por completo las fuerzas de los kosas. En el país, en que en otro tiempo florecieron, extendiéndose el nuevo pueblo de los fingús y las pocas tribus cafres que habían permanecido fieles á los ingleses: los tembús, como pueblo, estaban casi completamente aniquilados, habiendo sido cedida la mayor parte de su territorio á los colonos blancos: por último en la Cafrería Británica se hicieron energías tenta-